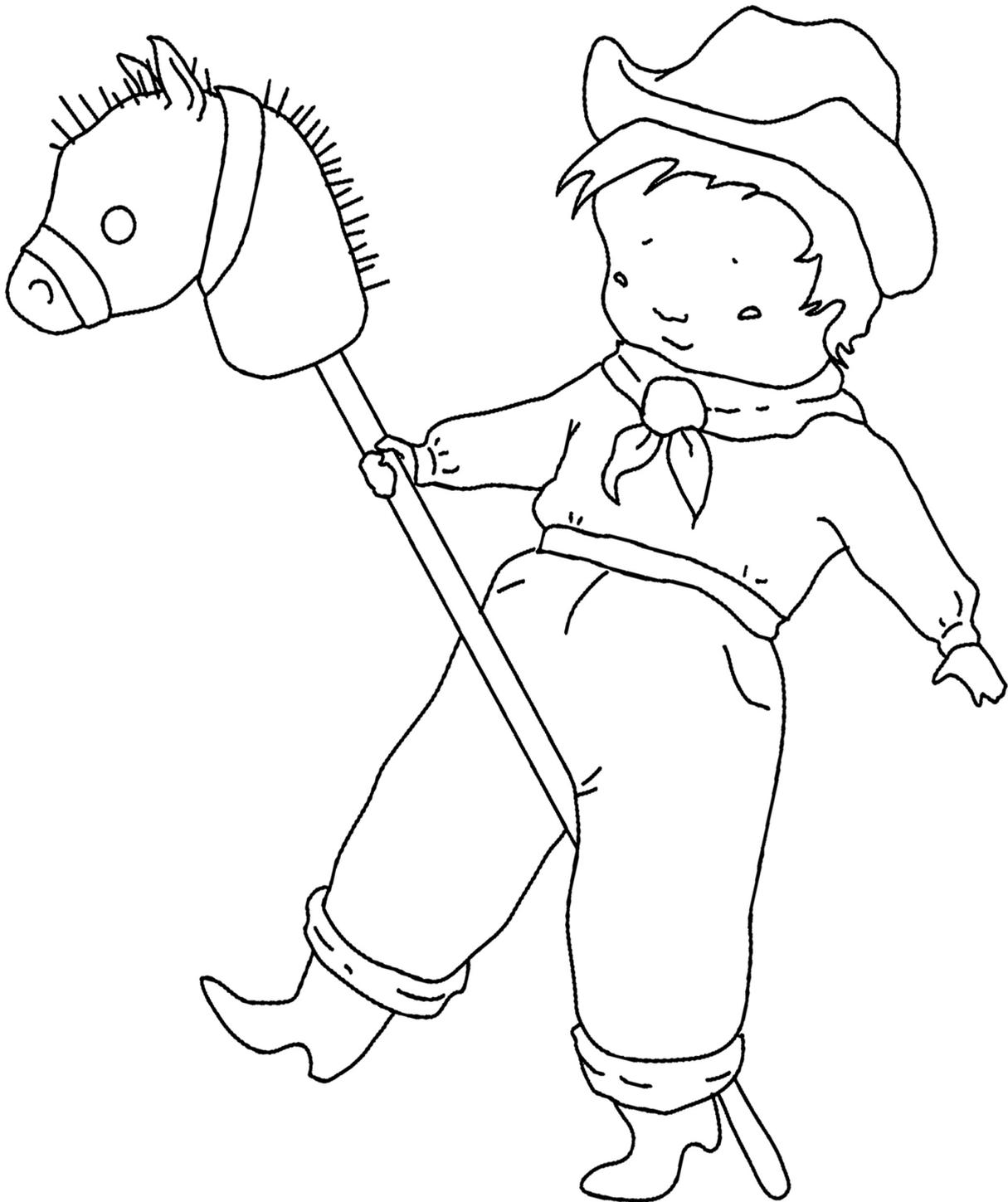


# STONE BUTCH BLUES



LESLIE FEINBERG



Yo no quería ser diferente. Ansiaba ser todo lo que los adultos deseaban, de modo tal que me quisieran. Seguía todas sus reglas, me esforzaba al máximo por complacer. Pero había algo en mí que les hacía fruncir el ceño. Nadie nunca le puso nombre a qué era lo que estaba mal. Por eso yo temía que fuera algo verdaderamente malo. Sólo llegué a reconocer el tema a través de este constante estribillo: “¿Es varón o mujer?”

Era otra cosa más que les había tocado en desgracia a mis padres. Ya eran gente muy desilusionada. Mi padre había crecido decidido a no quedar varado en una fábrica como su viejo; mi madre no tenía ninguna intención de quedar atrapada en un matrimonio.

Cuando despertaron, mi padre trabajaba en una fábrica y mi madre se había convertido en un ama de casa. Cuando mi madre se enteró de que estaba embarazada de mí, le dijo a mi padre que no quería atarse a un chico. Mi padre insistió en que, una vez que naciera el bebé, se sentiría feliz. La Naturaleza se ocuparía de ello.

Mi madre me tuvo para demostrarle que estaba equivocado.

Mis padres odiaban que la vida los hubiera engañado. Se sentían indignados de que el matrimonio les hubiera cerrado la última oportunidad de huir. Luego llegué yo, y era diferente. Ahora estaban furiosos conmigo. Me daba cuenta por la forma en que volvían a contar la historia de mi nacimiento.

El viento y la lluvia castigaban el desierto cuando mi madre entró en trabajo de parto. Por eso me tuvo en casa. La tormenta era demasiado fuerte para arriesgarse a desafiarla. Mi padre estaba en el trabajo, y no teníamos teléfono. Mi madre contó que había llorado tan fuerte cuando se dio cuenta de que yo venía en camino, que la abuela dineh<sup>1</sup> de enfrente le había golpeado la puerta para preguntarle qué pasaba. Luego, cuando se dio cuenta de que yo estaba por nacer, trajo a otras tres mujeres para ayudar.

Las mujeres dineh cantaron mientras yo nacía. Eso es lo que me contó mi madre. Me lavaron, abanicaron humo sobre mi pequeño cuerpo y me ofrecieron a mi madre.

“Pongan al bebé ahí”, les dijo ella, señalando una cuna que había cerca de la pileta. *Pongan al bebé ahí.* Las palabras dejaron heladas a las mujeres indias. Mi madre se dio cuenta. La historia se contó una y otra vez mientras yo crecía, como si el hielo que cubría esas palabras pudiera derretirse repitiéndolas en tono humorístico e irónico.

Unos días después de nacer yo, la abuela volvió a llamar a nuestra puerta, esta vez porque mis gritos la asustaron. Me encontró en la cuna. Nadie me había lavado. Mi madre admitió que le daba miedo tocarme, excepto para sujetar un pañal o ponerme una mamadera en la boca. Al día siguiente la abuela envió a su hija, que acordó tenerme durante el día, mientras sus hijos estaban en la escuela, si no había ningún problema. Lo había y no lo había. Mi madre se sintió aliviada, lo sé, si bien al mismo tiempo se sentía cuestionada. Pero me dejó ir.

Y así crecí en dos mundos, con la música de dos lenguas. Un mundo era Wheaties<sup>2</sup> y Milton Berle<sup>3</sup>. El otro, pan frito y salvia. Uno era frío pero mío. El otro era cálido, pero no me pertenecía.

Finalmente, cuando tenía cuatro años mis padres no me permitieron seguir atravesando el pasillo. Una noche vinieron a buscarme antes de cenar. Varias de las mujeres habían preparado una gran comida y habían traído a todos los niños al banquete. Preguntaron a mis padres si podía quedarme. Mi padre se puso nervioso cuando oyó que una de

**Leslie Feinberg** – Activista y escritor\*. Además de artículos en distintos medios, publicó, entre otros trabajos, *Stone Butch Blues* (novela, 1993), *Transgender Warriors: Making History from Joan of Arc to Dennis Rodman* (ensayo, 1996), *Trans Liberation: Beyond Pink or Blue* (ensayo, 1999). Actualmente trabaja en la novela *Drak King Dreams*.

**Traducción de Joaquín Ibarburu**

1. Pueblo originario norteamericano del noreste de Arizona.

2. Cajas de cereales de la empresa estadounidense del mismo nombre

3. Comediante estadounidense (1908-2002) apodado “Mr. Television”, muy popular en la década del 50.

las mujeres me decía algo en una lengua que él no entendía, y que yo le contestaba con palabras que él nunca había oído antes. Más tarde dijo que no soportaba ver que los indios le estuvieran robando a alguien de su propia sangre.

Sólo escuché retazos sobre aquella noche, de modo que no sé todo lo que pasó después. Ojalá lo supiera. Pero escuché esta parte de la historia una y otra vez: una de las mujeres dijo a mis padres que yo iba a recorrer un camino difícil en la vida. Las palabras exactas fueron cambiando según las distintas versiones. A veces mi madre fingía ser adivina; cerraba los ojos se llevaba las puntas de los dedos a la frente y decía: "Veo que esta criatura va a tener una vida difícil". Otras veces mi padre se ponía a gritar como el Mago de Oz: "¡Esta niña va a recorrer un camino muy duro!"

Sea como sea, mis padres me sacaron de ahí. Antes de que se fueran, la abuela le dio un anillo a mi madre y le dijo que éste contribuiría a protegerme. El anillo asustó a mis padres, pero pensaron que la turquesa y la plata debían tener algún valor, de modo que lo aceptaron.

Esa noche hubo otra tormenta terrible en el desierto, me contaron mis padres, de una fuerza verdaderamente aterradora. Los truenos eran ensordecedores y los relámpagos iluminaban todo.

"¿Jess Goldberg?" preguntó la maestra.

"Presente", contesté.

La maestra entrecerró los ojos para mirarme. "¿Qué clase de nombre es ese? ¿Es un sobrenombre por Jessica?"

Sacudí la cabeza. "No, señorita".

"Jess", repitió. "No es nombre de nena". Bajé la cabeza. A mi alrededor, los demás chicos se tapaban la boca con la mano para sofocar la risa.

La Srta. Sanders los miró hasta que hicieron silencio. "¿Es un nombre judío?", preguntó. Asentí, esperando que eso fuera todo. No lo era.

"Alumnos, Jess es de religión judía. Jess, contá a la clase de dónde sos".

Yo me revolví en mi asiento. "Del desierto".

"¿Qué? Habla más alto, Jess".

"Soy del desierto". Veía que los chicos se hacían muecas entre ellos o ponían los ojos en blanco.

"¿Qué desierto? ¿De qué estado?" Se acomodó los anteojos sobre la nariz.

Sentí pánico. No lo sabía. "El desierto", dije, encogiéndome de hombros.

La Srta. Sanders se estaba impacientando. "¿Por qué tu familia decidió trasladarse a Buffalo?"

¿Cómo iba a saberlo? ¿Ella creía que los padres decían a los chicos de seis años por qué tomaban decisiones importantes que afectarían su vida? "Vinimos en auto", dije. La Srta. Sanders movió la cabeza. No había dado una muy buena impresión.

Sonaron las sirenas. Era el ejercicio de bombardeo de los miércoles por la mañana. Nos metimos bajo los pupitres y nos cubrimos la cabeza con los brazos. Nos dijeron que tratáramos a La Bomba como a los desconocidos: sin mirar a los ojos. Si no podemos ver La Bomba, ésta no puede vernos a nosotros.

No hubo ninguna bomba; era sólo un ejercicio que se hacía por precaución. Pero la sirena me salvó.

Lamentaba que nos hubiéramos mudado de la calidez del desierto a esta ciudad

tan fría. Nada ni nadie podría haberme preparado para la odisea de levantarme en las mañanas de invierno en un departamento sin calefacción de Buffalo. Ni siquiera calentar la ropa en el horno antes de vestirnos servía de mucha ayuda. Después de todo, igual nos teníamos que sacar el pijama antes. Afuera hacía tanto frío que el viento se me colaba por la nariz y se me metía en el cerebro. Las lágrimas se me congelaban en los ojos.

Mi hermana Rachel todavía era una beba. Recuerdo un traje para nieve redondo envuelto en bufandas, mitones y gorro. No un bebé, sólo ropa.

Incluso en pleno invierno, cuando apenas se me veían cinco centímetros de la cara entre la capucha del traje para nieve y la bufanda, los adultos me paraban y me preguntaban, "¿Sos un varón o una nena?" Yo bajaba la vista con vergüenza, sin cuestionar nunca qué derecho tenían a preguntar.

Durante el verano no había mucho que hacer en el complejo de edificios donde vivía, pero había mucho tiempo para dedicarse a ello.

Los edificios habían sido barracas del ejército y ahora albergaban a los trabajadores aeronáuticos que contrataban los militares y a sus familias. Todos los padres trabajaban en la misma planta; todas las madres se quedaban en casa.

El viejo Martin era jubilado. Se sentaba en una silla de jardín en el porche y escuchaba las audiencias de McCarthy por la radio. Ponía el volumen tan alto que se oía en toda la cuadra. "Tené cuidado", me decía cuando pasaba por su casa, "los comunistas pueden estar en cualquier lado. En cualquier lado". Yo asentía con gravedad y me iba corriendo a jugar.

Pero el viejo Martin y yo teníamos algo en común. La radio también era mi mejor amiga. "El show de Jack Benny" y "Fibber McGee y Molly" me hacían reír aunque no supiera qué era lo que me causaba tanta gracia. "La sombra" y "El silbador" me aterraban.

Tal vez en otros lugares las familias trabajadoras ya tenían televisión, pero nosotros no. Las calles del complejo ni siquiera estaban pavimentadas. No había más que grava y troncos que indicaban los lugares para estacionar. Muy pocas novedades llegaban por estos lados. El hombre que vendía hielo y el afilador de cuchillos se trasladaban en carros tirados por ponis. Los sábados traían a los ponis solos y nos ofrecían dar una vuelta por un centavo. Con un centavo también se podía comprar un trozo de hielo que el vendedor separaba con un punzón. El hielo era compacto y resbaladizo, y brillaba como un diamante frío que pudiera no derretirse nunca.

Cuando llegó el primer televisor al complejo, lo hizo en el living de los McKensie. Todos los chicos del barrio rogamos a nuestros padres que nos dejaran ir a ver "El capitán Medianoche" en el nuevo televisor de los McKensie. Pero a la mayor parte de nosotros no nos permitían ir a su casa. Si bien ya estábamos en 1955, en el barrio todavía había zonas de guerra invisibles, vestigios de una prolongada huelga que había tenido lugar en 1949, el año en que yo nací. "Mac" McKensie había sido un carnero. La sola palabra bastaba para que yo me apartara de esa casa. Todavía se veían rastros de esa palabra en el frente de la carbonera, por más que la habían pintado de un verde apenas diferente.

Años después, los padres seguían hablando de la huelga sentados a la mesa de la cocina o durante las parrilladas que se hacían en los patios. Yo escuchaba los cuentos de aquella huelga y pensaba que la Segunda Guerra Mundial se había librado en la planta. Por la noche, cuando llevábamos a mi padre a trabajar, solía arrodillarme en el asiento trasero del auto y espiar más allá de los portones de la planta aquellos campos de batalla en los que ahora reinaba la calma.

En el complejo también había bandas, y los chicos cuyos padres habían carnereado

durante la huelga constituían un grupo chico pero temido. “¡Eh, marica! ¿Sos varón o mujer?” No había manera de evitarlos en el pequeño planeta del complejo. El sonsonete de las burlas me seguía resonando en la cabeza durante mucho rato.

El mundo me juzgaba con crueldad y yo me fui encerrando, o me fueron encerrando, en la soledad.

La ruta separaba el complejo de un gran campo. Teníamos prohibido cruzar esa calle. Nunca había mucho tránsito. Si alguien hubiera querido que lo atropellara un auto, tendría que haberse parado en la mitad de la ruta un rato largo. De todos modos, se suponía que yo no debía cruzar esa calle. Pero lo hacía, y nadie parecía darse cuenta.

Pasaba los pastos altos que bordeaban la ruta y, una vez atravesada esa barrera, me encontraba en mi mundo.

De camino al lago me paraba a visitar los perros y los cachorros de las dependencias traseras del edificio de la ASPCA<sup>4</sup>. Los perros empezaban a ladrar y se paraban sobre las patas traseras cuando yo me acercaba a la valla. “¡Shhh!” les advertía yo. Sabía que nadie tenía permiso para estar ahí.

Un spaniel pasó el hocico por la cerca. Le acaricié la cabeza. Yo buscaba al terrier que me gustaba. Sólo se había acercado a la valla a saludarme una vez, olfateándome con cautela. Por lo general, por más que lo llamaba se quedaba echado con la cabeza apoyada en las patas, mirándome con ojos melancólicos. Me moría por llevarlo a casa. Esperaba que lo adoptara algún chico que lo quisiera.

“¿Sos varón o mujer?” le pregunté al perro.

“¡Guau, guau!”

No vi al hombre de la ASPCA hasta que ya fue demasiado tarde. “Eh, vos. ¿Qué estás haciendo ahí?”

Me habían pescado. “Nada”, dije. “No estaba haciendo nada malo. Sólo les hablaba a los perros”.

Sonrió. “No pases los dedos por la valla, pibe. Algunos muerden”.

Sentí que las orejas me ardían. Asentí. “Buscaba a ese chiquito que tiene las orejas negras. ¿Se lo llevó una familia buena?”

El hombre frunció el ceño un momento. “Sí”, dijo después. “Ahora es muy feliz”.

Yo me fui corriendo hacia el lago, donde atrapaba renacuajos que luego guardaba en un frasco. Me apoyé en un codo y miré las pequeñas ranas que se subían a las rocas bañadas de sol.

“¡Caw, caw!” Un gran cuervo negro volaba en círculos sobre mí y se posó luego en una roca cercana. Nos miramos en silencio.

“Cuervo, ¿sos varón o mujer?”

“¡Caw, caw!”

Me reí y me acosté de espaldas. El cielo estaba azul. Fantaseé que yacía sobre las nubes blancas de algodón. Sentía la tierra húmeda en la espalda. El sol picaba y corría una brisa fresca. Me sentí feliz. La naturaleza me abrazaba y parecía no encontrar nada malo en mí.

Cuando volvía, pasé junto al grupo de los Carneros. Habían encontrado un camión abierto estacionado en una pendiente. Uno de los chicos mayores soltó el freno de mano

4. Sigla de la sociedad protectora de animales estadounidense (American Society for the Prevention of Cruelty to Animals).

e hizo que dos chicos de mi sector del complejo tuvieran que correr para que el camión no los atropellara.

“¡Jessy, Jessy!” se burlaron al pasar a mi lado.

“Brian dice que sos una chica, pero yo creo que sos un mariquita”, dijo uno de ellos.

No dije nada.

“Bueno, ¿qué sos?”

Agité los brazos. “¡Caw, caw!” dije riendo.

Uno de los chicos me arrebató de las manos el frasco con renacuajos, que se hizo trizas contra la grava. Los pateé y los mordí, pero me inmovilizaron y me ataron las manos a la espalda con un trozo de soga de colgar la ropa.

“Vamos a ver cómo te las arreglás”, dijo uno de los chicos. Me derribó y dos de los otros forcejearon para sacarme los pantalones y la ropa interior. Me embargó el pánico. No podía detenerlos. La vergüenza de que vieran mi cuerpo semidesnudo –la mitad importante- me dejó sin fuerzas.

Me llevaron a empujones hasta la casa de la Sra. Jefferson y me encerraron en la carbonera. Estaba oscuro ahí adentro. El carbón me cortaba como si fuera un cuchillo. No moverse era doloroso, pero cuanto más me movía, más me lastimaba. Tenía miedo de no poder salir de ahí nunca.

Pasaron horas antes de que oyera a la Sra. Jefferson en la cocina. No sé qué pensó al oír todos esos golpes y patadas en la carbonera, pero cuando abrió la pequeña puerta trampa y yo salí arrastrándome, se asustó tanto que parecía que iba a caer muerta ahí mismo. Ahí estaba yo, cubierta de hollín de carbón y sangre, atada y semidesnuda en su cocina. Musitó maldiciones entre dientes mientras me desataba y luego me mandó a casa envuelta en una toalla. Tuve que caminar una cuadra y llamar a la puerta de la casa de mis padres para encontrar refugio.

Se enojaron mucho cuando me vieron. Nunca entendí por qué. Mi padre me pegó una y otra vez, hasta que mi madre le detuvo el brazo con un susurro y la mano.

Una semana después me encontré con uno de los chicos del grupo de Carneros. Cometió el error de aventurarse solo demasiado cerca de nuestra casa. Tensé el músculo del brazo y le dije que lo tocara. Luego le di un golpe en la nariz. Se fue llorando. Yo me sentí muy bien por primera vez en varios días.

Mi madre me llamó a cenar. “¿Quién era el chico con el que estabas jugando?” Me encogí de hombros.

“¿Le mostraste tus músculos?”

Me puse en guardia, preguntándome cuánto había llegado a ver.

Sonrió. “A veces es mejor dejar que los chicos piensen que ellos son más fuertes”, me dijo. Pensé que estaba completamente loca si en serio creía eso.

Sonó el teléfono. “Yo atiendo”, dijo mi padre. Era el padre del chico al que le había hecho sangrar la nariz; lo adiviné por las miradas coléricas que me lanzaba mi padre mientras escuchaba.

“Me dio tanta vergüenza”, le dijo mi madre a mi padre. El me miraba por el espejo retrovisor. Lo único que veía eran sus espesas cejas negras. A mi madre le habían comunicado que yo no podría asistir al templo a menos que fuera de vestido, algo a lo que yo me resistía con uñas y dientes. En ese momento tenía puesto un traje de Roy Rogers, pero sin las pistolas. Ya era bastante difícil ser la única familia judía del complejo

para además tener problemas en el templo. Teníamos un largo trecho en auto para llegar a la sinagoga más cercana. Mi padre rezaba en la parte de abajo. Mi madre, mi hermana y yo teníamos que mirar desde la galería, como en las películas.

Parecía que no había muchos judíos en el mundo. Había algunos en la radio, pero ninguno en mi escuela. A los judíos no se les permitía ir al patio de recreo. Eso era lo que me decían los chicos mayores, y se encargaban de hacerlo cumplir.

Nos acercábamos a casa. Mi madre sacudió la cabeza. “¿Por qué no puede ser como Rachel?”

Rachel me miró tímidamente. Me encogí de hombros. El sueño de Rachel era una falda de fieltro con un aplique de perrito y zapatos de plástico tachonados de piedritas brillantes.

Mi padre detuvo el auto frente a casa. “Te vas directo a tu cuarto, jovencita. Y te quedás ahí”. Era mala. Me iban a castigar. Me dolía la cabeza de miedo. Ojalá pudiera encontrar la manera de ser buena. La vergüenza me sofocaba.

Ya casi era de noche. Oí que mis padres llamaban a Rachel para que fuera al dormitorio de ellos. Iban a encender las velas del sabat. Un mes antes habíamos oído risas y gritos frente a las ventanas del living mientras mi padre encendía las velas. Fuimos a la ventana y miramos hacia fuera. Dos chicos se bajaron los pantalones y nos mostraron el trasero. “¡Moishes!” gritaron. Mi padre no salió a perseguirlos; cerró las persianas. Después de eso, empezamos a rezar en el dormitorio de ellos con las persianas bajas.

En mi familia, todos conocían la vergüenza.

Poco después mi traje de Roy Rogers desapareció del cesto de la ropa sucia. Mi padre me compró un traje de Annie Oakley.

“¡No!” grité, “No lo quiero. No quiero ponérmelo. ¡Me voy a sentir estúpida!”

Mi padre me agarró de un brazo. “Jovencita, gasté \$ 4,90 en este traje de Annie Oakley, y te lo vas a poner”.

Traté de soltarme, pero él tenía la mano cerrada con firmeza sobre mi brazo. Me empezaron a correr lágrimas por las mejillas. “Quiero un sombrero de Davy Crockett”.

Mi padre apretó con más fuerza. “Dije que no”.

“Pero, ¿por qué?” grité entre lágrimas. “Todos lo tienen menos yo. ¿Por qué no?”

Su respuesta me resultó inexplicable. “Porque sos una nena”.

“Estoy harta de que la gente me pregunte si es nena o varón”, escuché que mi madre le decía a mi padre. “A todos lados donde la llevo, la gente me pregunta”.

Yo tenía diez años. Ya no era chiquita y no tenía ni un asomo de belleza detrás del que ocultarme. Al mundo se le estaba terminando la paciencia conmigo, y eso me daba pánico.

Cuando era chiquita pensaba que haría cualquier cosa para modificar lo que tuviera de malo. Ahora no quería cambiar. Sólo quería que la gente dejara de indignarse conmigo permanentemente.

Un día mis padres nos llevaron a mi hermana y a mí de compras al centro. Cuando íbamos en el auto por la calle Allen vi a un adulto cuyo sexo no podía determinar.

“Mamá, ¿es un él-ella?” pregunté en voz alta.

Mis padres intercambiaron miradas divertidas y se rieron. Mi padre me miró por el espejo retrovisor. “¿Dónde escuchaste esa palabra?”

Me encogí de hombros. No estaba segura de haber oído alguna vez esa palabra antes

de que se me escapara de la boca.

“¿Qué es un él-ella?” quiso saber mi hermana. A mí también me interesaba la respuesta.

“Es un bicho raro”, se rió mi padre. “Como un beatnik”.

Rachel y yo asentimos sin entender.

De pronto me invadió una ola de aprensión. Me sentí mareada y con náuseas. Pero fuera lo que fuera eso que me había dado tanto miedo, era demasiado aterrador como para pensar en ello. La sensación desapareció tan rápido como había llegado.

Abrí con cuidado la puerta del dormitorio de mis padres y miré en derredor. Sabía que los dos estaban trabajando, pero entrar a su cuarto estaba prohibido. Por eso antes eché una mirada por la habitación, por las dudas.

Fui directo a la puerta del armario de mi padre. Ahí estaba su traje azul. Eso significaba que hoy se debía haber puesto el gris. Un traje azul y un traje gris, eso es todo lo que un hombre necesita, decía siempre mi padre. Las corbatas estaban prolijamente colgadas.

Tuve que armarme de más valor para abrir el cajón de la cómoda de mi padre. Sus camisas blancas estaban dobladas y almidonadas. Cada una estaba envuelta en papel de seda y rodeada con una banda, como si fueran regalos. En cuanto rompí la banda de papel, supe que estaba en problemas. No tenía escondites que mi madre no encontrara de inmediato. Y me daba cuenta de que, probablemente, mi padre debía saber la cantidad exacta de camisas que tenía. Por más que todas eran blancas, seguramente podía detectar enseguida cuál faltaba.

Pero ya era demasiado tarde. Demasiado tarde. Me desvestí y me quedé en bombacha y camiseta. Me metí en la camisa. Estaba tan almidonada que, con mis dedos de once años, me dio muchísimo trabajo prender el botón del cuello. Saqué una corbata. Durante años había observado la destreza con que mi padre se hacía el nudo de la corbata mediante una complicada serie de movimientos, pero no logré armar el rompecabezas. Me la até con torpeza. Me subí a un banquito para sacar el traje de la percha. Me sorprendió lo pesado que era. Se me cayó al piso. Me puse el saco del traje y me miré en el espejo. De la garganta me salió un sonido, una suerte de exclamación ahogada. Me gustaba la chica que me devolvía la mirada.

Todavía faltaba algo: el anillo. Abrí el alhajero de mi madre. El anillo era enorme. La plata y la turquesa formaban una figura que bailaba. No podía distinguir si la figura era una mujer o un hombre. Ya no tengo que meter tres dedos dentro del anillo; ahora me va perfecto en dos.

Me miré en el gran espejo que había sobre la cómoda de mi madre, tratando de imaginar el futuro, el momento en que esa ropa me quedara bien, intentando echar un vistazo a la mujer que iba a ser.

No me parecía a ninguna de las chicas ni mujeres que había visto en el catálogo de Sears. El catálogo llegaba con los cambios de estación. En mi casa yo era la primera que lo miraba, página por página. Todas las chicas y las mujeres eran muy parecidas. Lo mismo pasaba con los chicos y los hombres. No me encontraba entre las chicas. Nunca había visto una mujer adulta que tuviera el aspecto que yo pensaba que tendría al crecer. En la televisión no había mujeres como la pequeña mujer que se reflejaba en el espejo. Tampoco en la calle. Yo lo sabía. Siempre estaba buscando.

Por un momento, en ese espejo vi que la mujer que yo iba a llegar a ser me miraba. Parecía asustada y triste. Me pregunté si tendría el valor de crecer y convertirme en

ella.

No oí que abrían la puerta del dormitorio. Cuando vi a mis padres ya era demasiado tarde. Ambos habían pensado que tenían que pasar a buscar a mi hermana por lo del ortodoncista. Por eso todos llegaron a casa inesperadamente temprano.

Mis padres se quedaron helados. Yo estaba tan asustada que la cara me quedó petrificada.

En mi horizonte se acumulaban nubes de tormenta.

Mis padres no dijeron nada de que me habían encontrado en su dormitorio vestida con la ropa de mi padre. Yo rogaba que pudiera librarme de una buena.

Pero poco después, un día mi madre y mi padre me subieron al auto sin previo aviso. Dijeron que me llevaban al hospital para un análisis de sangre. Tomamos el ascensor hasta el piso donde su suponía que me harían el análisis. Dos hombres corpulentos vestidos con uniforme blanco me sacaron del ascensor. Mis padres se quedaron. Luego los hombres se dieron vuelta y cerraron la puerta con una traba que impedía abrirla desde afuera. Busqué a mis padres, pero ellos ni siquiera me miraron cuando se cerró la puerta del ascensor.

El terror se me instaló en el pecho como un elefante. Casi no podía respirar.

Una enfermera me explicó las reglas que debía cumplir: tenía que levantarme por la mañana y permanecer en la sala todo el día. Tenía que usar vestido, sentarme con las piernas cruzadas y las rodillas juntas, ser amable y sonreír cuando me hablaban. Asentí como si entendiera. Seguía conmocionada.

Yo era la única nena de la sala. Me pusieron en una habitación con dos mujeres. Una era una anciana a la que siempre tenían atada a la cama. Se lamentaba y llamaba a personas que no estaban ahí. La otra era más joven. “Me llamo Paula”, dijo estirando la mano. “Gusto en conocerte”. Tenía las muñecas vendadas. Me explicó que los padres le habían prohibido volver a ver su novio porque él era negro. Ella se cortó las venas, y por eso la trajeron a este lugar.

Jugamos al ping-pong todo el día. Paula me enseñó la letra de “Are You Lonesome Tonight?”<sup>5</sup> Se rió y aplaudió cuando bajé la voz como lo hacía Elvis. “Hacé posafuentes y mocasines”, me recomendó Paula. “Hacé muchos. Cuantos más, mejor. Les gusta”. Yo no sabía qué era un posafuentes.

Esa noche me costó dormirme. Oí que unos hombres susurraban y se reían al entrar a mi cuarto. Me envolví en las sábanas y me quedé inmóvil y en silencio. Oí un cierre que se abría. El olor de la orina me llegó a la nariz. Hubo más risas, y luego el sonido de pasos que se alejaban cada vez más. Tenía las sábanas empapadas. Tenía miedo de que me echaran la culpa y me castigaran. ¿Quién me había hecho esto, y por qué? Se lo preguntaría a Paula por la mañana.

Cuando todavía no estaba del todo claro tras las ventanas enrejadas, entraron enfermeras y camilleros a nuestra habitación. “Arriba”, gritaron.

La anciana empezó a decir nombres.

Paula se resistió a los camilleros, les mordió las manos. Ellos putearon, la sujetaron con correas y se la llevaron de la habitación.

Una enfermera se acercó a mi cama. Yo todavía sentía olor a orina en las sábanas, por más que ya se habían secado. ¿Me sacaría del cuarto si ella también lo sentía? Estudió su

planilla. “Goldberg, Jess”. Me asustó oírle decir mi nombre. “No tengo nada indicado para esta”, dijo a los camilleros. Todos salieron.

“Goldberg, Jess”, gritaba la anciana una y otra vez.

Después del almuerzo volví a mi cuarto a buscar mi yo-yo. Paula estaba sentada en la cama mirando sus pantuflas. Me miró y levantó la cabeza. Me extendió la mano. “Me llamo Paula”, dijo. “Gusto en conocerte”.

Una enfermera entró a la habitación. “Vos”, dijo señalándome. La seguí hasta la enfermería. Sacó dos vasos de papel. En uno había unas pastillas de colores brillantes. El otro estaba lleno de agua. Yo me quedé mirando.

“Tomátelas”, ordenó la enfermera. “No me des trabajo”. Yo ya presentía que dar trabajo al personal podría significar no salir nunca de ese lugar, de modo que me tomé las pastillas. Poco después de haberlas tragado, el piso empezó a moverse bajo mis pies. Me sentía como si caminara en medio de engrudo.

Cada día hacía más posafuentes y mocasines. Me preocupaba una mujer que hablaba con fantasmas que yo no podía ver.

Y descubrí la antología de poesía de Norton en la biblioteca de los pacientes. Me cambió la vida. Leía los poemas una y otra vez antes de empezar a comprenderlos. No era sólo que las palabras fueran como notas musicales que podía cantar con los ojos. Descubrí que mujeres y hombres que habían muerto hacía mucho tiempo, me habían dejado mensajes sobre sus sentimientos, emociones que podía comparar con las mías. Por fin había encontrado a otros que estaban tan solos como yo. Era extraño, pero saber eso me reconfortaba.

Tres semanas después de haber llegado a esta sala, una enfermera me llevó a una oficina. Un hombre de barba estaba sentado ante un gran escritorio fumando su pipa. Dijo que era mi médico. Agregó que yo parecía estar progresando, que ser joven era difícil, que yo estaba pasando por una etapa complicada.

“¿Sabés por qué estás aquí?” me preguntó.

Yo había aprendido mucho en tres semanas. Me di cuenta de que el mundo podía hacer mucho más que sólo juzgarme, podía ejercer un poder enorme en mi contra. Ya no me importaba si mis padres no me querían. Había aceptado ese hecho en las tres semanas que había sobrevivido sola en este hospital. Pero ahora no me importaba. Los odiaba. Y no confiaba en ellos. No confiaba en nadie. Mi cabeza estaba concentrada en huir. Quería salir de este lugar y escaparme de mi casa.

Le dije al médico que les tenía miedo a los pacientes hombres adultos de la sala. Dije que estaba segura de que mis padres estaban decepcionados por mi causa, pero que yo quería hacerlos sentir contentos y orgullosos de mí. Le dije que no sabía qué era lo que hacía mal, pero que si tan sólo pudiera irme a casa, haría todo lo que él considerara adecuado. No lo pensaba, pero lo dije. El asintió, pero parecía más interesado en que no se le apagara la pipa que en mí.

Dos días después, mis padres aparecieron en la sala y me llevaron a casa. No hablamos de lo que había pasado. Yo me concentré en escapar. Esperaba el momento oportuno. Tuve que aceptar ver al psiquiatra una vez por semana. Esperaba no tener que seguir que yendo mucho tiempo, pero las sesiones continuaron durante varios años.

Recuerdo el día en que el psiquiatra dejó caer la bomba: él y mis padres habían llegado a la conclusión de que las clases para señoritas me serían muy provechosas. Tengo la fecha grabada en la mente. 23 de noviembre de 1963. Salí del consultorio aturdida. La

5. “¿Estás sola esta noche?” Tema que cantaba Elvis Presley.

humillación de la escuela de señoritas me parecía más de lo que podría llegar a soportar. Me habría matado si se me hubiera ocurrido algún método indoloro.

Parecía que todos caminaban igualmente pasmados. Cuando llegué a casa mis padres tenían el televisor prendido con el volumen alto. Un locutor anunciaba que habían asesinado al presidente en Dallas. Fue la primera vez que vi llorar a mi padre. El mundo estaba fuera de control. Cerré la puerta de mi dormitorio y me quedé dormida para poder escapar.

No creía poder sobrevivir al hecho de que la escuela de señoritas pusiera en primer plano mis vergonzosas diferencias. Sin embargo, de algún modo pude superarlo. La cara me ardía de humillación y rabia cada vez que tenía que dar vueltas por la pasarela una y otra vez frente a toda la clase.

La escuela de señoritas me enseñó de una vez por todas que yo no era linda, que no era femenina y que nunca sería elegante. El lema de la escuela era: *Toda chica que entra aquí, sale convertida en una dama*. Yo fui la excepción.

Cuando parecía que las cosas ya no podrían ser peores, advertí que me estaban creciendo los pechos. La menstruación no me molestaba. A menos que quedara por completo cubierta de sangre, se trataba de algo privado entre mi cuerpo y yo. ¡Pero pechos! Los chicos se asomaban por las ventanillas de los autos y me gritaban groserías. En la farmacia, el Sr. Singer me miraba los pechos mientras me hacía la cuenta de los caramelos que compraba. Abandoné los equipos de voleibol y atletismo porque los pechos me dolían cuando saltaba o corría. Me gustaba cómo era mi cuerpo antes de la pubertad. Por algún motivo, pensaba que nunca cambiaría, ¡por lo menos no así!

El mundo consideraba que a mí me pasaba algo malo y, finalmente, yo empezaba a pensar que los demás tenían razón. La culpa me quemaba como vómito en la garganta. Sólo sentía alivio cuando volvía a La Tierra Donde No Les Importa. Así es como yo recordaba el desierto.

Una mujer dineh me visitó una noche en mis sueños. Antes se me aparecía casi todas las noches, pero no desde que había estado en el psiquiátrico, varios años antes. Me tenía en su falda y me decía que buscara a mis ancestros y que estuviera orgullosa de quién era. Me decía que recordara el anillo.

Cuando me desperté, todavía estaba oscuro. Me acurruqué en la cama y escuché la lluvia. Los relámpagos iluminaban el cielo nocturno. Esperé que mis padres se vistieran antes de entrar a su dormitorio y tomar el anillo. Durante el día, en la escuela, me escondía en un baño y lo miraba, preguntándome sobre su poder.

¿Cuándo me protegería? Me imaginaba que era como el Anillo Decodificador del Capitán Medianoche; había que descubrir cómo funcionaba.

Esa noche mi madre se rió de mí durante la cena. “Anoche, cuando nos fuimos a la cama, otra vez estabas hablando en marciano dormida”.

Dejé caer el tenedor. “No es marciano”.

“Jovencita”, gritó mi padre, “te podés ir a tu cuarto”.

Cuando iba caminando por uno de los pasillos del colegio secundario, unas chicas se pusieron a gritar, “¿Es animal, mineral o vegetal?” No encajaba en ninguna de sus categorías.

Tenía un nuevo secreto, algo tan terrible que sabía que nunca podría contárselo a nadie. Lo descubrí durante la matinée del sábado del cine Colvin. Una tarde me quedé largo rato en el baño del cine. Todavía no estaba dispuesta a irme a casa. Cuando salí, estaban

proyectando la película para adultos. Me metí y me puse a mirar. Me derretí cuando Sofía Loren empezó a mover su cuerpo contra el del coprotagonista. Ella le apoyaba la mano en la nuca mientras se besaban. Sus largas uñas rojas le recorrían la piel. Yo me estremecía de placer.

Después de esa vez, todos los sábados me escondía en el baño para poder escabullirme y ver la película para adultos. Un deseo nuevo me consumía. Me daba miedo, pero sabía muy bien que no tenía que confiar en nadie.

Me estaba ahogando en mi propia soledad.

Un día la profesora de inglés del colegio, la Sra. Noble, nos dio una tarea: traer ocho versos de nuestro poema favorito y leerlos delante de toda la clase. Algunos chicos se quejaron, argumentaron que no tenían ningún poema preferido y dijeron que sonaba “aburrido”. Pero yo sentí pánico. Si leía un poema que me gustara, eso me haría quedar expuesta y vulnerable. Por otro lado, leer ocho versos de algo que no me importara me parecía una suerte de traición.

Al día siguiente, cuando me llegó el turno de leer, agarré el libro de matemáticas y pasé al frente. A principios del semestre había forrado el manual con papel de una bolsa de compras marrón y había copiado un poema de Poe en la solapa interior.

Me aclaré la garganta y miré a la Sra. Noble. Ella sonrió y asintió. Leí los primeros ocho versos:

*De niño nunca fui como otros fueron;  
Jamás he visto lo que muchos vieron  
Y las pasiones de mi edad primera  
Quedaron en naciente primavera.  
No fue nunca profunda mi tristeza,  
Ni llegó mi alegría a la grandeza;  
No hubo en mi pecho ni rencor ni dolor,  
Y todo lo que amé, lo amé yo solo.*

Traté de leer las palabras en un tono impersonal y despojado de todo sentimiento para que ninguno de los chicos entendiera lo que ese poema significaba para mí, pero el aburrimiento ya les nublabla los ojos. Bajé la vista y me encaminé a mi banco. La Sra. Noble me apretó el brazo cuando pasé a su lado, y cuando la miré vi que tenía lágrimas en los ojos. Me miró de una forma que a mí también me dieron ganas de llorar. Fue como si ella pudiera verme tal como era, y no había ninguna crítica en sus ojos.

El mundo entero estaba cambiando, pero nadie lo habría adivinado a juzgar por mi vida. La única vía por la que me enteraba del movimiento por los Derechos Civiles eran los ejemplares de la revista Life que llegaban a casa. Semana a semana, yo era la primera de la familia en leer el último número.

La imagen que me quedó grabada fue la de dos bebederos, uno de los cuales decía *De Color* y, el otro, *Blancos*. En otras fotos se veía gente valiente -negros y blancos- que trataba de cambiar las cosas. Yo leía las pancartas que llevaban. Los veía ensangrentados, haciendo frente a soldados de rostro inmutable en Birmingham. Veía cómo los perros de la policía o los chorros de agua de alta presión les arrancaban la ropa. Me preguntaba si yo podría ser tan valiente alguna vez.

Vi una foto tomada en Washington, D.C. en la que había más gente de lo que yo

imaginaba que podía reunirse en un lugar. Martin Luther King les hablaba sobre su sueño. Yo deseaba poder formar parte de eso.

Estudiaba la cara de mis padres mientras leían con toda calma las mismas revistas. Nunca decían una palabra acerca de ello. El mundo se estaba poniendo de cabeza y ellos pasaban las páginas con tanta tranquilidad como si estuvieran mirando un catálogo de Sears.

“Ojalá pudiera ir al Sur en una Caravana de la Libertad”<sup>6</sup>, dije una noche mientras cenábamos. Vi que mis padres intercambiaban una compleja serie de miradas. Siguieron comiendo en silencio.

Mi padre dejó el tenedor. “Eso no tiene nada que ver con nosotros”, dijo, dando por terminado el tema con firmeza.

Mi madre nos miró a los dos. Me daba cuenta de que quería evitar el inminente estallido a toda costa. Sonrió. “¿Saben qué es lo que no entiendo?”

Todos la miramos. “¿Conocen ese tema de Peter, Paul y Mary, *The answer, my friend, is blowing in the wind*? Asentí, ansiosa por escuchar su pregunta.

“No entiendo de qué serviría soplar en el viento”<sup>7</sup>. Mis padres estallaron en carcajadas.

A los quince años conseguí un trabajo después del horario escolar. Eso cambió todo. Antes de que mis padres me dieran permiso, tuve que convencer al psiquiatra de que me iba a hacer bien. Lo convencí.

Trabajaba poniendo tipos a mano en una imprenta. Le había dicho a Bárbara, una de mis únicas amigas del colegio, que me iba a morir si no tenía un trabajo, y su hermana mayor me consiguió el empleo jurando que yo tenía dieciséis años.

En el trabajo a nadie le importaba si yo usaba jeans y remeras. Me pagaban bastante dinero por semana y mis compañeros eran amables conmigo. No era que no notaran que yo era diferente, pero no parecía importarles tanto como a los chicos del colegio. Después de clases me apuraba a cambiarme la falda por la otra ropa y salía corriendo para el trabajo. Mis compañeros de trabajo me preguntaban qué tal había sido mi día y me contaban cómo eran las cosas en la época en que ellos habían ido al colegio secundario. A veces los chicos nos olvidamos de que alguna vez los adultos fueron adolescentes, a menos que nos lo recuerden.

Un día un tipógrafo de otro piso le preguntó a Eddie, mi jefe, “¿Quién es la butch?” Eddie se limitó a reírse y los dos se alejaron conversando. Las dos mujeres que trabajaban conmigo me echaron una mirada para ver si me había puesto mal. Yo estaba más desconcertada que otra cosa.

Esa noche, durante la pausa para cenar, mi amiga Gloria comió conmigo. De pronto me empezó a hablar de su hermano –que es afeminado y se viste de mujer, pero que ella lo quiere igual, que se indigna cuando ve cómo lo trata la gente porque, después de todo, no es culpa suya si él es así-. Me contó que una vez lo había acompañado a un bar donde él se reunía con sus amigos y que todas esas mujeres masculinas se le habían acercado. Se estremeció cuando lo dijo.

---

6. Caravana al Sur que organizó el Movimiento de Derechos Civiles en 1961 en defensa de la población negra, contra la violencia estatal y del Ku Klux Klan.

7. Juego de palabras con el tema de Bob Dylan que se menciona antes, “The answer, my friend, is blowing in the wind” (“La respuesta, amigo mío, está en el viento” o “La respuesta, amigo mío, resuena en el viento”), que también puede leerse como “La respuesta, amigo mío, es soplar en el viento”.

Me intrigaba por qué me había contado eso. “¿Qué lugar era ese?” le pregunté.

“¿Qué?” Parecía arrepentida de haber sacado el tema.

“¿Dónde queda el lugar donde está esa gente?”

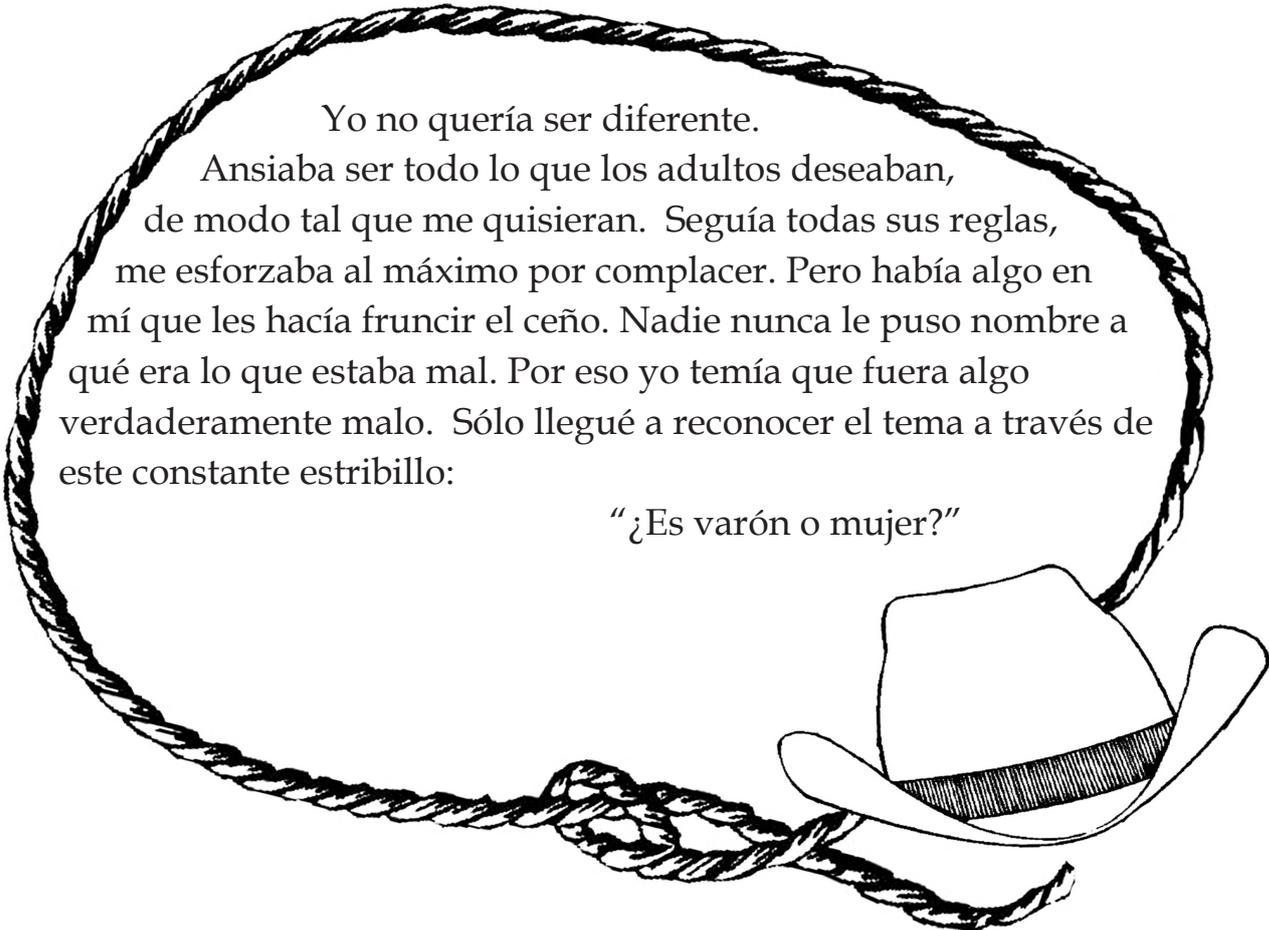
Gloria suspiró.

“Por favor”, le dije. La voz me temblaba.

Miró en derredor antes de hablar. “Es en Niagara Falls”. Bajó la voz. “¿Por qué querés saberlo?”

Me encogí de hombros. “¿Cómo se llama?” Yo trataba de adoptar un aire indiferente.

Gloria respiró hondo. “Tifka’s”. Eso fue todo lo que dijo.



Yo no quería ser diferente.  
Ansiaba ser todo lo que los adultos deseaban,  
de modo tal que me quisieran. Seguía todas sus reglas,  
me esforzaba al máximo por complacer. Pero había algo en  
mí que les hacía fruncir el ceño. Nadie nunca le puso nombre a  
qué era lo que estaba mal. Por eso yo temía que fuera algo  
verdaderamente malo. Sólo llegué a reconocer el tema a través de  
este constante estribillo:

“¿Es varón o mujer?”